

EL HORROR

Valeria Luna

La luz de Tunkuén

Eran vísperas de Fiestas Patrias, con mis papás y mi hermano chico nos fuimos junto a una familia amiga a pasar el 18 de septiembre a la localidad de Tunquén. Eran mediados de los años noventa, así que por fortuna no había tanta gente como ahora. Las grandes aglomeraciones de personas me ponen nerviosa desde que soy chica.

Cuando caía la noche, todo se tornaba oscuro y silencioso. Solo podías escuchar el sonido del viento mecerse entre los árboles o las olas del mar chocando impetuosas contra las rocas. La temperatura era más bien fría, especialmente cuando el sol se escondía. La primavera no despabilaba ni hacía florecer ni un árbol. Cada vez que íbamos a esa casa, los niños nos acostábamos en sacos de dormir con un guatero entre las piernas. Recuerdo despertar a mitad de la noche para sacarlo, ya que perdía rápido su calor. Odio el frío y aquel acontecimiento me hacía odiar aún más esos paseos familiares. Me cargaba un poco esa casa porque no contaba con las

comodidades a las que estaba acostumbrada en mi vida diaria. El agua, por ejemplo, salía de un pozo porque la localidad carecía de alcantarillado. De hecho, es así hasta el día de hoy, pero en ese entonces —con la mentalidad de una niña— me enojaba mucho la idea de no poder darme esas duchas eternas que tanto me gustaban y me hacían sentir bien. ¡Qué desagradable puede ser nuestro yo del pasado a veces, preocupado de puras tonteras que ahora no son relevantes! En fin.

Como se trataba de un sector donde poca gente vivía, la mayoría de las casas eran de veraneo y solían estar desocupadas durante meses y meses. Nosotros éramos los únicos seres humanos en kilómetros a la redonda. Allá no llegaba —ni llega— la electricidad, así que todas las viviendas funcionaban con placas solares. Por suerte en ese entonces no existía la idea de celulares o computadores personales; yo no estaba preocupada de cargarlos, porque si hubiera sido así de seguro me hubiera ganado un reto al ocupar gran parte de la electricidad que generaban las placas. De hecho, para sobrevivir me bastaba con mi *walkman*, una caja de pilas y el casete *Esperando nada* de Nicole.

La noche del acontecimiento estábamos jugando al pote sucio con mi hermano chico, su amigo José y la Rosario, su hermana mayor. La radio estaba sintonizada en un programa local, pero la señal era tan pobre en el sector que no nos llamó la atención

que el sonido fuera intermitente y se cortara de manera abrupta. Lucho, el amigo de mi papá, intentaba hacer una llamada con su nuevo híper mega tecnológico y gigante celular, pero no lo consiguió. Se contorsionó de mil formas buscando señal, parecía una caricatura de Hanna-Barbera, pero nada pasaba. Ya un poco molesto, decidió salir con su amado ladrillo teléfono para ver si conseguía un par de barritas en la pantalla. Afuera la oscuridad y el frío reinaban, pero como el sector solía estar vacío, Lucho no tuvo reparo en ir sin compañía.

Con mis amigos y mi hermano estábamos listos para iniciar una nueva ronda de cartas, pero de pronto escuchamos un grito gutural: «Sergio, ven», le decía Lucho a mi papá desde el patio. Lo primero que pensamos todos es que lo estaban asaltando, aunque las probabilidades eran escasas. Todo se tornó confuso. Y yo, como buena preadolescente, no atiné a hacer absolutamente nada. Solo miré con incredulidad a mi mamá, quien bebía una copa de pisco sour mientras leía una novela.

¿Debía estar asustada?

Mi papá intentó calmarnos, luego salió corriendo a socorrer a su amigo. Pasaron un par de minutos en que seguimos en la absoluta incertidumbre, no sabíamos ni teníamos muy claro lo que había pasado, pero nos poníamos en el peor de los escenarios. De pronto, escuchamos que mi papá y Lucho nos llamaban para que saliéramos.

El susto se transformó inmediatamente en inseguridad. Y flojera, porque me interesaba nada salir a la intemperie, menos teniendo en cuenta lo gélido del aire. Caminamos desde la puerta de la casa hacia el puente que daba al patio, pero antes de llegar a la tierra nos detuvimos. Mi papá gritó:

—¡Miren al cielo!

Fue la primera vez que notamos que la noche estaba extremadamente iluminada. Cuando miré hacia arriba, más allá de las nubes, pude sentir claramente cómo mi vida había cambiado para siempre. Lo experimenté en la boca del estómago. La línea entre la ansiedad y el pánico era demasiado delgada, no podría distinguir cuál de las dos sensaciones fue la que se anidó en mis entrañas, pero de lo que estoy segura es de que mi cuerpo no le hacía caso a mi cerebro. Si hubiera querido correr o gritar para pedir auxilio habría sido imposible, como intentar hacer que un objeto inanimado se moviera por voluntad propia.

En el cielo había una gran esfera de luz cuyo origen se encontraba arriba de nuestras cabezas, pero no era como esas luces lejanas que uno veía en las noticias de avistamientos de ovnis, no. Era como si un gran foco estuviese a unos diez metros de nosotros y quisiera apuntarnos. Directamente a nosotros. Dicha luz tenía varias luces pequeñas alrededor que iban rotando, moviéndose, primero

hacia la derecha, luego hacia la izquierda, después se detenían y repetían su ciclo.

Mi hermano chico me abrazó aterrado. No necesité ni mirarle el rostro para saber que el horror invadía su cuerpo. Por mi parte fui incapaz de quitar la vista de la luz. El pobrecito me susurró:

—Son extraterrestres, ¿verdad?

Y no pude evitar responder:

—Probablemente, y lo más seguro es que nos lleven y nos utilicen para experimentos —tragué con dificultad la saliva que se acumulaba en mi garganta.

Tenía tanto miedo que mi único mecanismo de defensa fue traspasar mi terror hacia mi pobre hermano. Mi mamá de inmediato se enojó y empezó a decir que lo más seguro era que se trataran de luces provenientes de alguna nueva disco de Algarrobo. Verdad que las discos vuelan po. Esta cree que una es weona, pensé de inmediato. Si hubiera sido eso podríamos haber visto dónde se originaba la luz, pero claramente esta venía desde arriba y no desde un punto lejano en el horizonte.

Todos guardamos silencio.

Los niños más chicos decidieron abrazar a sus mamás en vez de a sus estúpidas hermanas mayores, cuya racional manera de enfrentar la situación era hacer comentarios del tipo: «Cagamos. Nos van a llevar. Se viene la mansa sonda en el potito». Las mamás no nos retaron —aunque creo que no les faltaron ganas— porque claramente estaban igual

de aterradas que nosotras. Además, intuyo, que si estás por morir no quieres que tu última palabra sea un reto a tu hija.

Si antes hacía frío en la intemperie, ahora se sentía mucho peor. Los huesos estaban congelados, no sé si por la temperatura o por el miedo, pero qué importaba a esas alturas.

Desde ese momento, el recuerdo se vuelve difuso. Creo que estuvimos tanto tiempo con la luz sobre nuestras cabezas, que en algún minuto las mamás decidieron meternos de vuelta a la casa. Nos arrojaron en nuestros sacos de dormir y dormimos todos juntos en el living. Los papás, en cambio, se quedaron en vela la noche mirando al cielo, buscando alguna explicación a lo que estaba ocurriendo hasta que también se aburrieron y entraron. Si alguien nos iba a matar se demoró mucho y solo logró que la adrenalina se nos disipara hasta volverse nula.

Al día siguiente, seguíamos en estado de *shock*. Mi papá logró comunicarse por teléfono con mi hermano mayor, el que hasta el día de hoy se arrepiente de no habernos acompañado a ese viaje. Mi hermano nos contó que vio en la tele la noticia de un gran avistamiento ovni en las costas chilenas, y que decían que unos marineros de Quintay habían desaparecido.

Tiempo después, nos enteramos de que todas las casas que en ese momento no estaban usando la

electricidad sufrieron una especie de alza de voltaje muy extraña y sus paneles solares se quemaron. Por si fuera poco, una persona que estaba durmiendo sufrió un paro cardíaco producto del mal funcionamiento de su baipás y murió de inmediato. Además, se supo que había un gran número de vacas embarazadas que sufrieron abortos espontáneos en ese preciso instante. Cada detalle parecía sacado de un capítulo de *Los expedientes secretos X*, pero no, era mi realidad.

Hasta el día de hoy, no tengo muy claro si esto ocurrió en 1996 o 1997, ni cuántas horas estuve mirando al cielo o cómo fue que logramos mover las piernas para volver a la casa. Con el tiempo, he contado mi historia a distintas personas y resulta que todos los que estuvimos esa noche en Túnquén tenemos los mismos recuerdos más o menos difusos. Es cierto que algunos estaban bajo el efecto de estupefacientes, así que no puedo asegurar que lo que vi eran alienígenas contactándose con humanos, pero sí que ese día decidí que todo era posible. Que tenga o no una explicación terrenal, lo que viví trascendió el curso de mi propia historia y me convertí en alguien que literalmente cree en todo. Porque si crees en todas las posibilidades, tarde o temprano a una de ellas le acertarás. Solo espero que, si la opción correcta es la de los ovnis, ojalá no me hayan metido nada por el pote.